

Fascículo 4

Escribirte
en la 
Historia

David Campos

*Por Eugenia Langone
Ilustrado por Darío Ares*



Escribirte
en la 
Historia

*Por Eugenia Langone
Ilustrado por Darío Ares*

Intendente
Pablo Javkin

Secretario de Cultura y Educación
Dante Taparelli

Director Museo de la Memoria
Lucas Massuco

Coordinación del proyecto:
Leandro Bartolomeo

Dirección artística:
Alina Calzadilla

Texto:
Eugenia Langone

Ilustraciones:
Darío Ares

Diseño y diagramación:
Joakina Parma

Corrección:
José Sainz

Rosario, mayo de 2023.

an
ca.
ese que
a de
a
ha.

La propuesta del **Museo de la Memoria** es arrancarle un nombre a la cifra para poder recortar una historia de la estadística. Habilitar un contradecir para hacer lugar al (otro) relato, ese que desnaturaliza los modos de dar muerte, al tiempo que habla de un andar vital, escurridizo. Se busca inventar la ocasión para volver a contar lo que aquí se cuenta por primera vez: una historia que es todas las historias, las que andan por los caminos que llevan, tal vez, al encuentro con un lector.

**David
Campos**

¿El destino puede ser tan cruel?



“Me dicen que fue el **destino.**

¿El destino puede ser tan cruel? Yo no creo en eso”. Juana Benavidez cree en algunas cosas, pero no en el destino. Cree en que hay algo de David en esa brisa que la roza en la ventana de su casa o en el cementerio las veces que va sola. Puede encontrarlo en las formas vitales del colibrí que se le aparece entre sus plantas o en la mariposa que persigue caprichosamente a su nieto Aarón. Pero si hay algo en lo que definitivamente no cree es en el destino, porque Juana cree en las acciones de los hombres y así lo repite a cada uno que se acerca y se atreve –porque parece un atrevimiento– a plantear que el destino de David Campos, el tercero de sus cuatro hijos, era ser asesinado bajo una lluvia de balas el 23 de junio de 2017 junto a su amigo Emanuel.

Entonces, Juana vuelve a hablar de la vida, de cómo David nació el 10 de marzo del 89. Cuenta en detalle la noche que dejó en su casa de Boquerón 341, en Molino Blanco, a sus hijos mayores, Yanina y Germán, que apenas alcanzaban los tres y dos años, porque Eduardo, su pareja y papá de los chicos, trabajaba fuera de la ciudad. Cómo ya con dolores fuertes –que rememora tocándose la parte baja de la espalda– cruzó la calle hasta donde vivía su hermano, le avisó que necesitaba atención médica y dejó a los chicos a su cuidado. Cómo avanzó las primeras tres cuadras hasta la calle Guillermo Tell y después otras seis para llegar a Ayacucho, todas a paso lento, sin bolso de parturienta y con apenas “una carterita”. Se paró a esperar en plena madrugada un taxi o algo que la llevara a parir. Se le hace clara la imagen del patrullero –“de los de antes”, aclara– que se detuvo para preguntarle qué necesitaba y cómo la ayudaron a subir y la alcanzaron hasta el Hospital Provincial. Hay luz cuando pone en palabras el nacimiento de David, ese bebé enorme de más de cinco kilos, que se chupaba los dedos de hambre.

Juana está convencida: no fue cruel el destino, sino los efectivos de la Policía de Santa Fe, quienes persiguieron con la voracidad de una cacería el auto en el que iban David Campos y Emanuel Medina. Los que, armas en mano, frente al vehículo ya estrellado contra un árbol y con los dos jóvenes inmovilizados por los airbags de seguridad, imposibilitados de escapatoria o defensa, tomaron la decisión de gatillar más de una docena de balas y terminar con sus vidas. La de David, de 28 años, y la de Emanuel, de 32.

No fue cruel el destino, sino los efectivos de la **Policía** de Santa Fe

Esta historia trata de una de esas vidas, la de David. La que en el camino de reclamo de justicia fue apareciendo solo en destellos mínimos, esa vida de la que queda casi nada en los expedientes que se tramitan en Tribunales. Pedacitos que, para los que no mueren y viven, son los que importan. Ellos, los que viven, su mamá Juana, su papá Eduardo y sus hermanos Yanina, Germán y Brian, traen los recuerdos de David como las piedras de una columna para sostenerlo en sus memorias y en la de los que vienen detrás; para que su imagen no se escape, su voz, sus gestos, sus enojos y sus amores, sus canciones y hasta el molesto ruido de la cucharita revolviendo el tazón de chocolatada. Para hacerlo, cuentan la vida que tuvieron con David. Juntos.

Juana estuvo sola la madrugada que parió a David y muchos días más durante la crianza de sus tres primeros hijos. Eduardo solo estuvo para el parto de Brian, el menor, porque estaba sin trabajo. “Es el preferido”, dice Germán, haciendo esa broma reiterada. Eran los días en el borde sur de Rosario, en la casita de Molino Blanco, cuando la pareja ya había dejado la vivienda de los abuelos paternos.

Juana recuerda que le salían manos como a un pulpo para atender la demanda de la niña y los dos varones, nacidos con menos de dos años de diferencia, a los que había que alimentar, cuidar, vestir, bañar y llevar al hospital a las tres de la mañana si alguno levantaba fiebre. Una tríada a la que después llegó Brian, el que aún vive con sus padres y se parece a Juana, pero al que cada vez que se sienta a la mesa, con el pelo recién cortado, y se sostiene la barbilla con las manos, su madre no puede dejar de mirar con atención para descubrir a su hijo David. “Siempre me dice que me parezco, no me molesta, pero a mí me parece que no es tan así”, dice Brian, que ahora ocupa la pieza de su hermano junto a su novia.

Sobre la primera infancia de sus hijos, Juana repite una y otra vez no saber cómo se las ingeniaba. “David y yo éramos dos salvajes”, reconoce Germán, el mayor en los papeles, pero con una paridad que los hacía mellizos a la vista de todos.

“Yo no sé cómo hacía, lo digo en serio. Me caminaba la Guillermo Tell de acá para allá y con los tres me trepaba al colectivo para ir donde sea”, dice su madre, admitiendo que no le gustaba dejarlos con nadie y que los llevaba a las reuniones de Avon y Amodín en los tiempos en que hacía el mango vendiendo cosméticos. Pero casi sin terminar la frase responde a la inquietud con su propia historia.

¿Qué podía atemorizar a esa mujer?

Qué podía atemorizar a esa mujer, hija de una familia de pescadores, que había llegado a Rosario desde Puerto Gaboto para trabajar como empleada cama adentro y atender las labores domésticas de una casa siendo una nena de diez años. “Sí, diez años tenía, chiquita, ¿no?”. La pregunta es certeza. Juana relata esa práctica, que fue una costumbre de su pueblo, a 75 kilómetros de Rosario, sobre el río Paraná.

Muchas aún niñas, como ella, eran preparadas por sus familias, que las presentaban “listas para el trabajo” a matrimonios rosarinos o baigorrienses. Entre esas palabras y la partida de la casa y del pueblo no había más que un bolso chiquito y algunos abrazos. “Los papás eran muy confiados”, dice en voz alta Juana, quizá como un modo de entender la decisión de sus padres y sin dejar de agradecer su suerte: “A mí me tocaron buenos patrones, me ayudaron, seguí estudiando y aprendí mucho. Pero sí, era una nena, y cómo lloraba en ese tiempo”.

Eduardo, su pareja, venía acostumbrado a andar de acá para allá. Su madre era de La Rioja, de un pueblo cercano a Chilecito, y el trabajo de mecánico de su padre los había llevado a vivir en San Justo, Buenos Aires, hasta que la familia se instaló en Rosario con un taller propio. Eso le dio el oficio, el mismo que le enseñó a David, que aunque siempre trabajó como metalúrgico lo aprendió al pie de la letra.

“Uno le enseñaba cualquier cosa y él hacía todo”, lo define el padre. Arreglaba sus autos usados con las indicaciones que Eduardo le daba por teléfono, y hasta ayudó a sus primos a preparar vehículos de carrera. “David era habilidoso”, enfatiza su papá, haciendo equilibrio con las palabras entre el orgullo y el dolor del que no tiene escapatoria.

La pareja se conoció entre “la pibada” del barrio, siendo vecinos. Él se había hecho amigo de un hermano y de un sobrino de Juana, salían los fines de semana, iban a la cancha, a bailar, compartían el barrio, “la coca y las galletitas”, dice Eduardo sin perder el tono infantil.

En 1985 “apareció” Yanina. Y sin que nadie supiera, él vendió la bicicleta para irse a vivir juntos a una pensión. Al año siguiente ya estaba naciendo Germán, cuando todavía vivían en la casa de los abuelos paternos, y en 1989, en la vivienda propia de Molino Blanco, nació David. Eduardo había trabajado en el taller familiar, después hizo mantenimiento de maquinarias y vehículos en otra empresa y, cuando la plata no alcanzó, aceptó el puesto de chofer de camión que los mismos patrones le ofrecieron.

“Era un tiempo difícil y dije que sí. Hace treinta años que lo hago. No sé si me gusta, pero rinde económicamente y sigo”, acepta, con cierto pragmatismo, para explicar sus días en la ruta entre Rosario y Ushuaia, Rosario y Bahía Blanca, Rosario y Salta, Rosario y Río de Janeiro, Rosario y alguna ciudad de Uruguay a la que saldrá por estos días con productos químicos para una curtiembre. El trabajo en la ruta, eso que lo tuvo lejos en los nacimientos de sus tres primeros hijos, de esa infancia, e incluso la mañana del 23 de junio, cuando David no volvió.

David ~~no~~ volvió

El terreno de Boquerón 431, en un rincón entre la avenida Circunvalación y el arroyo Saladillo, fue la chance de la casa propia, la que Eduardo construyó comprando materiales, primero, y luego levantando paredes, haciendo contrapisos y techando; a veces con ayuda, otras solo.

La nostalgia de ese recuerdo se rompe cuando entre carcajadas, y no sin cierto pudor, cuentan que hace apenas diez años que se casaron legalmente. Hay complicidad, se ríen y se miran antes de contar los motivos de la unión. “Fue de apuro”, bromean sobre el camino que encontraron para lograr que la obra social de Eduardo atendiera una enfermedad que tenía a maltraer a Juana y que la obligaba a deambular de hospital en hospital. La opción fue el matrimonio. “Sí, fue de apuro, de apuro por operarme”, apunta Juana. Se vuelven a reír.

Hay vitalidad en los recuerdos. David no está muerto en la casa de calle Comodoro Rivadavia, esa que desde la adolescencia de los hijos habitan en barrio Acindar. David está vivo ahí, aunque lo hayan matado a tiros.

“Yanina no puede hablar”,

excusa Juana a su hija mayor. La frase convierte a Germán en el principal custodio de los días de infancia, así como fue grito y voz tras el hecho: primero para que se sepa, después para que se investigue y al final para lograr una sentencia sobre los asesinos de su hermano. Ahora la distancia temporal, más de tres años del día en que mataron a David y veinte meses del juicio en el que condenaron a diecinueve efectivos policiales, le permite intentar otra cosa: ir tras la historia que le es propia, la que tuvo con él, que los sobrinos que lo conocieron no lo olviden y que su hijo Tiziano lo conozca, aunque nunca lo haya visto.

El hombre hace el ejercicio de los recuerdos del niño. Los trae, los pliega y los despliega; llora, pero también se ríe y casi que logra hacerlos volver a todos a la casa donde se criaron. Juana y Eduardo completan algún relato y el único que mira con cierta ajenidad es Brian, que tenía apenas siete años cuando la dejaron.

Germán repite la palabra “felicidad”

Germán repite la palabra “felicidad” al hablar de esos tiempos con David porque casi nada hizo sin él por ese entonces. “Fue una infancia feliz”, insiste, algo que podría ser muletilla, pero que intenta decir cuán grande es el vacío que enfrenta y con el que convive. Habla de la alegría marcada por la llegada de Eduardo de algún viaje de trabajo y del reparto de las monedas que quedaban de los peajes, una tarea que salomónicamente hacía Yanina por ser la mayor; de las caminatas que emprendían con los bolsillos tintineantes desde el barrio hasta la plaza De la Madre, en Villa Gobernador Gálvez, para gastarlas en una sala de juegos electrónicos. La felicidad de escapar de la penitencia de Juana cuando rompían los vidrios a pelotazos y de rescatar la ahora antiquísima consola de juegos para enchufarla al televisor, mientras la madre se había cruzado a la casa de algún pariente. Los tres juntos en el jardín de infantes Los Pitufos y la primaria en la escuela Congreso de Tucumán. El fútbol, siempre el fútbol, aunque uno de Boca y el otro de River, en la casa, en la calle o en la cancha, entre dos o con amigos, con pelota, con alguna piedrita o con un bollo de medias y trapos.

“Una vez jugando le dimos al Taunus de mi papá y rompimos un espejo. Le dijimos después que un chorro se había metido por el techo de la casa, había saltado sobre el auto y había pisado el espejo”, dice Germán abriendo el anecdotario de travesuras. Un relato frente al que Eduardo, como entonces, no pierde la serenidad. “Era poco creíble, pero nunca fui de retarlos”.



A los ~~pobres~~

Con el padre en casa los fines de semana, las tardes eran de pesca en El Mangrullo, donde llevaba a los tres cargados en la bicicleta; o de hacer los bolsos rapidito para subirse todos al camión y acompañarlo en sus travesías a Mar del Plata, Puerto Madryn y Mendoza, una costumbre que solo Germán mantuvo ya de grande. “A David lo invitaba siempre, pero no venía”, acota Eduardo.

“Íbamos los tres para todos lados juntos, el jardín, la escuela, los juegos”, repite Germán, aunque reconoce que era con su hermano varón con quien todo era a medias: “Hacíamos todo, todo juntos, y todo lo que teníamos, poco o mucho, era de los dos. Veinte bolitas, diez de cada uno; veinte figuritas, las veinte de los dos”.

A la par aprendieron de la hostilidad de la Policía con los pibes del barrio. “Agarramos calle”, dice Germán y describe un día cualquiera en el barrio: “La cana entraba y se llevaba lo que se cruzaba, los cargaba a todos adentro. Ahí no importaba qué habías hecho o qué no, si tenías antecedentes o no. Hubo pibes muertos y muchos casos quedaron en la nada”. Esa hostilidad se le hizo carne y, tras la muerte de David, Germán la tuvo a flor de piel cada vez que dijo públicamente: “A los pobres la Policía no nos cuida”.

Como cualquier pibe de barrio humilde, periférico, popular o villa –valga cualquier denominación para la pobreza–, los Campos conocían al dedillo la violencia policial, y Germán le pone nombre a esos tiempos de la adolescencia, en los inicios del siglo XXI, cuando el solo hecho de estar en la calle los hacía un blanco fácil.

la Policía no nos cuida

“Aunque estuvieras cazando pajaritos con la gomera en el parque Sur, venía Gambacurta y te llevaba preso y adentro”, dice en referencia a Francisco Gambacurta, el efectivo de la Policía de Santa Fe que en 2003 fue ascendido a comisario inspector pese a tener al menos una denuncia por apremios ilegales cuando era titular de la comisaría 11 y que luego, en 2007, aún siendo jefe del Centro Regional de Armas, agredió a tiros a su esposa e hija en la vereda de su casa para luego suicidarse.

Ya adolescentes, los dos hermanos habían tomado la decisión de dejar la escuela secundaria. Ninguno la terminó porque prefirieron hacer el mango, a diferencia de Yanina, que la completó en la Escuela 649, conocida como “la Poligróncho”. “Es la nena”, le dice Germán a Juana y esquiva el reto materno que la mujer repite a los dos varones, incluso después a Brian.

“Íbamos a la Crisol, era una técnica, aprendimos muchas cosas, pero nos gustaba la calle, trabajar”, cuenta sobre las ansias de tomar decisiones propias y ganar autonomía. A David no le costaba. Cuando todavía estaba en la escuela hizo una capacitación y una pasantía en el supermercado Libertad, donde se ocupaba del mantenimiento de los carritos. Un anticipo del perfil metalúrgico.

El primer trabajo lo tuvo en la fábrica de muebles de metal de un primo de Eduardo. Ahí se hizo compinche de Emanuel, el pibe con el que se siguió viendo en las peñas de los viernes, en el bar Lo de Baroncho, en la zona sur, donde asados y lechones, fogones y guitarradas los volvían a cruzar. Ese amigo que para el 2017 ya tenía una hija y trabajaba en un local de accesorios para celulares; ese con quien salió y al que le dio para manejar el auto la mañana del 23 de junio, algo que jamás había hecho ni siquiera con su propio hermano.

La carrocera Imeca fue su primer trabajo en blanco y donde encontró lo que más le gustaba: el fútbol con los amigos. No solo iba a la planta de Ovidio Lagos al 6300 a dar forma a colectivos de larga distancia, sino que además fue parte del equipo amateur que llegó a competir en la liga Rosarina y en la Baigorriense, con el que ganó partidos y un campeonato. De ahí salieron los amigos que mantuvo, incluso cuando cambió de trabajo a una fábrica en Villa Gobernador Gálvez; los mismos que cuando ya lo habían matado tuvieron el gesto de llevarles a Germán y a Eduardo el trofeo que habían ganado juntos.

Los Campos lo conservan en un rincón de su comedor, junto a la medalla de David. Un pequeño espacio de la casa de Comodoro Rivadavia 3440 donde él sigue siendo presencia: en fotografías, en la copa, en el equipo de música que nunca más Juana se atrevió a encender, en los discos de Los Lirios –que adoraba–, en las bandas de cumbia a las que seguía “con locura”, dice su mamá.

En ese mismo comedor es donde Juana a veces cree aún verlo llegar, escuchar el auto que se estaciona en la vereda pasaditas las cinco de la tarde, cuando ella ya está sentada con los mates en la punta de la mesa; después la puerta, la cortina que da al comedor que se mueve y David que aparece.

“Él venía y me pedía un mate, me decía que no estaba dulce y entonces le ponía él mismo más azúcar –sigue Juana–. Después, así nomás como estaba, todo lleno de grasa, se tiraba arriba de la cama. Yo le decía que no, que le había lavado la colcha hacía poco, pero él se ponía a jugar a la play y después se bañaba. Ese era David”. Juana enhebra las palabras como si volviera a

David no está. David está muerto. A David lo mataron

verlo entrar cuando lo relata, incluso la toman los gestos cuando vuelve a retarlo como a un chico por tirarse sucio sobre un cubrecamas limpio.

Alguna frase se le pierde entre el llanto, que le estalla de repente y por el que a veces, sin saber por qué, pide disculpas. “Es muy feo”, dice sobre la forma en que mataron a su hijo, y retoma las palabras y sin querer vuelve a disculparse. “Es cierto que yo a mis hijos los críe en una villa, pero nunca nadie me vino a decir ‘tu hijo hizo esto o aquello’”, agrega reteniendo las lágrimas, que brotan con la última palabra.

Los recuerdos de David son en presente, en el juego con sus sobrinos, en lo que le gustaba joder a sus hermanos, en las muchas chicas que tuvo y en la única novia que llevó a su casa, en sus amigos de la metalúrgica y en los del fútbol, en sus primos Lucas y Walter, con quienes iba a los bailes; en esa forma de ser medio cabrona que llegó a hacer que lo echaran del casino y en los planes que tenía con Eduardo para cuando se jubilara y que pergeñaban los domingos en “conversaciones de parrillero” –como las llama el padre–, mientras el asado se hacía a fuego lento. La idea de comprar máquinas, de poner un taller en la casa como había hecho su abuelo, de que Eduardo dejara ya el camión de una vez. Juana, Eduardo, Germán y Brian lo traen en tiempo presente, pero David no está. David está muerto. **A David lo mataron.**

Un libreto interpretado con esa crueldad de la que saben los hombres.

La última fotografía que hay de David con vida la tiene Germán guardada en la memoria de su celular. Es un primer plano con un gorro de Boca y detrás, en el Monumento a la Bandera, todo es una marea de banderas azules y amarillas. Esa noche, la del 20 de junio de 2017, sin siquiera tener la necesidad de salir a la cancha a disputar los noventa minutos, el equipo de sus amores salió campeón y él no podía hacer otra cosa que festejarlo. Germán atesora la imagen. No estaba con él esa noche porque es de River, esa rivalidad que siempre fue parte de un juego, un juego que solo entre ellos podían jugar.

La siguiente foto también está en su teléfono, pero no se atreve a buscarla ni para eliminarla definitivamente. Es otro primer plano, pero de David ya muerto, David en el cajón. La imagen la tomó Germán cuando su hermano llevaba bastante más de veinticuatro horas muerto. Había trajinado de cochería en cochería, cuatro se habían negado a darle lugar para la ceremonia por ser “uno de los pibes que tuvo problemas con la Policía”.

“¿Vos sabés lo feo que es buscar sala velatoria y que te digan que no? Una tras otra”, afirma con la impotencia de saber la respuesta.

La quinta tomó el servicio y comenzó el velorio. En un momento, ya entrada la madrugada del domingo 25 y cuando quedó solo con sus primos, Germán sacó la foto para registrar el disparo que su hermano tenía en el pómulo izquierdo y que le habían disimulado debajo de una curita.

David había recibido tres impactos de bala, dos del policía Alejandro Rubén Bustos y un tercero en el rostro que, como se probó en el juicio en 2020, salió del arma de Leonel Emiliano Mendoza. Emanuel tenía nueve, todos de Bustos.

“La saqué para mostrarle al fiscal que a mi hermano lo habían ejecutado vivo. Ellos decían que era un enfrentamiento. Yo fui y le mostré la foto para preguntarle si a él le parecía que esa bala era de un enfrentamiento”, relata Germán y rememora las preguntas que le planteó a Adrián Spelta, el fiscal que investigó la causa. Un ejercicio que repetiría incansablemente hasta convertirse en la sombra del funcionario judicial durante los siguientes tres años.

Entre una fotografía y la otra pasaron cinco días. Solo bastaron algo más de treinta minutos de persecución, una decena de disparos de tres efectivos de la Policía y el montaje de una simulación de enfrentamiento de la que participaron otros dieciséis agentes para terminar con la vida de David y Emanuel. Un libreto interpretado con esa crueldad de la que saben los hombres. **No el destino.**

A la casa actual de los Campos, en barrio Acindar, se llega después de atravesar por avenida Francia las antiguas chimeneas de la acería. Hay que doblar por Comodoro Rivadavia y recorrer un raro zigzag que hace la calle frente al enorme paredón que los separa de la aceitera Santa Clara. Frente a ese muro está la casa. Modesta y ordenada.

La familia tenía razones para celebrar en el 2017. No hacía mucho que Brian había sido asaltado por un grupo de jóvenes una madrugada en el centro, y fue tal la golpiza que le habían dado en plena plaza Pringles que lo dejaron al borde de la muerte. Pasó semanas en terapia intensiva, con pronóstico reservado y riesgo de vida. La posibilidad de la muerte estuvo cerca. Esa vez no había sido.

Para junio, Brian estaba mejor y también Juana, que se recuperaba de una cirugía de cadera y ya comenzaba a caminar con la ayuda de un andador. Eduardo la había acompañado durante el proceso, pero ya tenía previsto hacer el primer viaje de trabajo a Mendoza.

El jueves 22 de junio se preparaba para salir a la ruta. David había llamado a las 20.30. Habló con su mamá, le preguntó si quería que fuera a cocinar. Juana le dijo que no era necesario, que Eduardo estaba en la casa. David salió y se fue para Lo de Baroncho, ahí donde solía encontrarse con Emanuel. “Debe haber habido algún festejo por lo de Boca”, dice Germán.

Pasada la medianoche a Eduardo le extrañaba que no volviera, siendo que el viernes era día laborable, pero tampoco era tan raro. A David le gustaba salir y lo hacía, incluso alguna vez entre semana. Lo que nunca sucedía era que no fuera a trabajar. Lo tranquilizó que apareciera sobre la una de la madrugada. Lo de siempre: el ruido del motor, el auto estacionado en la vereda y la puerta.

“Entró, me dijo que iba a volver a salir con unos amigos, que estaban arriba del auto, unas chicas y un muchacho, que suponemos era Emanuel”, pone en detalle Eduardo. Pensó en decirle que no se olvidara que al otro día debía trabajar, pero prefirió evitar una respuesta conocida: que ya sabía, que era grande.

Le pregunté si había llegado,

me dijo que no.

Con un viaje por delante, el hombre no esperó mucho para acostarse y dormir. Fue Juana la que escuchó el último “me voy” y alcanzó a decirle que se acordara que tenía que trabajar el viernes. Fue la única que se lo dijo; fue la última vez que escuchó a David.

A las cinco de la mañana del viernes Eduardo estaba otra vez levantado. Siguió. Hizo su café con leche, desayunó y preparó sus cosas. En el medio intentó comunicarse al celular de su hijo, sin respuesta; se fue. “Me fui a cargar el camión con la espina de por qué no volvía”, reconoce. Más tarde volvió a marcar y nada. Llamó a Juana. “Le pregunté si había llegado, me dijo que no”, cuenta. Ya cargado, en Puerto General San Martín tomó la autopista a Córdoba con destino final a Mendoza.

En Rosario, Juana le pidió a Germán que fuera a buscar a su hermano, pero la respuesta fue en el mismo sentido que el silencio que había mantenido Eduardo horas antes. “Es grande”, le contestó y recorrió los pocos metros que lo separaban de su casa con las herramientas que había ido a buscar a lo de sus padres. La radio encendió en forma definitiva la alarma del padre cuando escuchó que un Volkswagen Up estaba siendo perseguido por Circunvalación. “Me imaginé que podía ser el de David, porque era del mismo color”, afirma, volviendo a atar los nudos que esa mañana fue ajustando de a poco: la marca y el modelo del vehículo, el tono gris oscuro, el hijo que no había llegado. “Empecé a imaginarlo”, lo rearma en su cabeza.

El Volkswagen era el primer cero kilómetro de David, se lo había comprado tres meses antes. Eduardo ya estaba a la altura de Casilda cuando escuchó la noticia completa: había dos muertos.

“Paré en la banquina y lo llamé a Germán”. En su casa, Germán recibió un mensaje más escueto, pero claro. “Fijate, parece que tu hermano tuvo un accidente en Rodríguez y Arijón”, escuchó del otro lado del teléfono.

Que Eduardo no dijera que había dos muertos no evitó un mar de lágrimas cuando estaba camino al lugar. “No sé cómo, pero supe que mi hermano ya no estaba y se lo dije a mi señora, que iba conmigo en la moto”, dice Germán y llora otra vez.

Brian se quedó en la casa de Comodoro Rivadavia. Una vigilia sostenida con Juana que, en un acto reflejo, se puso a cocinar milanesas para cuando David volviera. “Acá mirábamos el noticiero, yo le decía a mi mamá que no se preocupara, pero pasaron la imagen del frente del auto, vi la patente y al lado decía Up; me di cuenta de que era el auto de David. Enseguida llamó él y lo confirmó”, dice, de pie, señalando a su hermano mayor y después al televisor, ahora apagado.

Germán había logrado llegar a la esquina de Callao y Cazadores y se encontró con montones de patrullas cercando el lugar del hecho. Pudo ver el auto a algo más de cincuenta metros y una cantidad de efectivos policiales –del Comando Radioeléctrico y la Policía de Acción Táctica (PAT)– que le resultó un exceso.

La versión policial ya estaba construida

El auto estaba incrustado de frente contra un árbol a mitad de cuadra sobre Callao, entre Cazadores y Arijón. Germán intentó romper el perímetro, pero no lo dejaron ni siquiera cuando argumentó que podía ser el vehículo de su hermano. De lejos sabía la respuesta; solo buscaba que se la confirmaran.

Insistió y reclamó saber si era el auto de David. Le pidieron los datos de la patente, pero el desorden no lo dejaba recordar; le exigieron un papel. Aún hoy está convencido de que nunca debió dejar el lugar. Regresó a la casa de Comodoro Rivadavia, buscó la documentación y retornó al lugar. “Tardé quince minutos y cuando volví la escena no era la misma”, afirma.

El Volkswagen ya casi no se podía ver. Estaba rodeado de patrulleros y camionetas que lo cubrían. El resto no fue más que desesperación hasta que llegó el fiscal Spelta. “Soy Germán Campos y ese es el auto de mi hermano”, le afirmó sin dejar lugar a dudas y eso le habilitó el pase dentro del perímetro, aunque nunca llegó a estar cerca del vehículo. El funcionario judicial le ratificó que había dos personas fallecidas, se alejó un momento, habló con un colaborador y volvió para confirmarlo. Uno era David.

La versión policial ya estaba construida y era la que manejaba el fiscal: los jóvenes habían disparado y la Policía había repelido la agresión. Eso decía el acta de procedimiento, repleta de detalles de la persecución, casi sin datos sobre cómo los jóvenes terminaron estrellados y muertos a balazos.

Con David muerto, Germán estaba roto, pero eso no le impidió en ese instante tener la certeza de que “había sido la Policía”. Puso las manos sobre los hombros del fiscal con todo el peso de su cuerpo —el mismo donde hoy lleva tatuada la imagen de su hermano— y lo primero que le dijo fue: “Que no le planten chumbos. Yo sé cómo se maneja la cana”. El fiscal volvió a ausentarse, regresó y le dijo que en el auto había dos armas. Germán las sabía plantadas.

Lo segundo que le vino a la mente fue cómo regresaría a la casa para decirle a Juana que uno de sus hijos no volvería más. Que uno de sus hijos estaba muerto. Que a uno de sus hijos lo había matado la Policía.

“Lo quemaron, boludo ...”, el grito azorado se escucha sobre el ruido ensordecedor de las sirenas y le sigue la detonación de cuatro disparos. “Iban dos”, suma al relato un testigo de los últimos instantes de la persecución que los efectivos de la Policía sostuvieron sobre David y Emanuel. Son cuarenta y siete segundos registrados en un video donde se ve llegar, uno tras otro, vehículos policiales, dos camionetas cargadas de efectivos, además de motos. Sobre el final una voz dice con certeza: “Los mató”.

Que no le planten



chumbos.

Las imágenes, tomadas con un celular, formaron parte de la causa y dan cuenta de cómo terminó lo que se había iniciado media hora antes, pasadas las once, en Grandoli y Gutiérrez; el punto cero. Una infracción de tránsito desencadenó la persecución de los jóvenes, que trazaron un laberinto por las calles de la zona sur intentando escapar de la Policía, una huida que solo culminó cuando, en uno de los incontables intentos por perderse, el vehículo dobló desde Cazadores por Callao y, antes de alcanzar la esquina de Arijón, la rueda delantera chocó contra un pequeño bloque de cemento que le hizo perder la estabilidad y estrellarse contra el árbol de la vereda este, delante de un muro y un portón. Frente a ese paredón donde todavía hoy hay dos estrellas pintadas con aerosol estallaron los airbags del auto, que inmovilizaron a los jóvenes. Era suficiente. Pero no.

Que los chicos no dispararon, que no tenían armas y que la Policía las plantó en el auto fueron los argumentos que las familias Campo y Medina sostuvieron desde el minuto cero, la contracara de la versión oficial. Una construcción que los efectivos pusieron inmediatamente en marcha a través de un accionar habitual y aprendido casi como un manual de procedimiento: alterar la escena, levantar vainas, plantar armas e incluso pólvora en las manos de las víctimas. Una actuación que sistemáticamente se repite en hechos de violencia institucional y gatillo fácil.

“Hay un audio que tiene que tener el fiscal, que no se tiene que tapar, donde la Policía está pidiendo fierros, diciendo que se mandaron un moco, que se mandaron la cagada del año”, declaró Germán a semanas del hecho, cuando ya era una sombra del fiscal y conyocaba a las primeras movilizaciones en reclamo de justicia. En las primeras horas, Spelta aún no se despegaba de la versión de los efectivos: “Según me informan repelen desde adentro con uno o dos disparos y luego el personal policial desde afuera”, había declarado públicamente, e incluso llegó a circular en los medios la versión de que había sido un disparo “accidental” de uno de los uniformados lo que había desatado la balacera.

Pasaron 1238 días, casi treinta mil horas, hasta el juicio oral y público que en noviembre de 2020 demostró que el accionar policial estuvo plagado de delitos, que los jóvenes fueron cazados y ejecutados por los disparos de Bustos y Mendoza, que un tercer oficial disparó sin matarlos y que otros dieciséis efectivos del Comando y de las PAT adulteraron la escena y las pruebas para encubrir el hecho. Esa metodología que Spelta llamaría públicamente una y otra vez el “protocolo de encubrimiento”. Ese *modus operandi* que los abogados que integran la Multisectorial contra la Violencia Institucional y que acompañaron a las familias en todo el proceso afirman que “es sistemático” ante la violencia policial.

Marcia López, abogada de las familias desde que se constituyeron como querellantes en la causa y miembro de la Multisectorial, señala que “el fiscal nunca sostuvo a ciegas la versión de la Policía; sin embargo, siempre mantuvo una posición de extrema prudencia”. Recalca incluso que a las pocas horas del hecho el Ministerio Público de la Acusación (MPA) solicitó que se retire la investigación del caso de la órbita de la Policía de Santa Fe y pase a manos de otra fuerza.

Se mandaron un ~~moco~~, moco
se mandaron la ~~cagada del año~~ cagada del año

López reconoce que son los informes balísticos de la Policía Federal los que marcaron el quiebre y llevaron al fiscal, en septiembre de 2017, a imputar a los efectivos que habían disparado y también a los que habían tenido participación en el encubrimiento.

“Esa pericia determinó que una de las vainas servidas que había dentro del arma que estaba al lado de David no se correspondía con el arma, pero así y todo, él tenía un barrido electrónico de pólvora positivo: eso daba la pauta de que había existido una manipulación de la escena”, explicó la abogada.

Los últimos instantes, en esos cincuenta metros sobre Callao y el impacto contra el árbol, Germán los relata al dedillo una y otra vez. “Cuando doblan por Callao, la camioneta de (María de los Angeles) Ramírez y (Walter) Ocampo venía de frente y detrás de esa estaba la de Bustos y Escalante. El auto ahí choca, pero ya les venían tirando, David tenía disparos a los costados. Bustos se baja y sigue tirando, pero después llega Mendoza, en un tercer vehículo, y él baja, da la vuelta al auto y lo remata de un tiro a David en la cara, porque David todavía estaba vivo”, dice.

Con esas pruebas, para septiembre de 2017, a tres meses del hecho, Spelta había imputado a Alejandro Bustos por homicidio calificado por abuso de su función y esperaba las pericias para determinar si los tiros efectuados por Escalante y Mendoza habían sido mortales. Otros quince efectivos ya estaban acusados por el encubrimiento.

En octubre se produjo un quiebre inédito en el pacto de silencio entre los agentes que habían estado en el lugar del hecho el 23 de junio. Los testimonios aportados a la Justicia por dos policías, las dos mujeres, terminaron de configurar lo que las pericias y los informes técnicos ya adelantaban y pusieron con nombre y apellido a cada uno de los efectivos en el escenario del doble crimen. Y Mendoza estaba ahí, dándole el tiro de gracia a David.

Jésica Lescano y Roxana Ramírez, ambas oficiales de la PAT, habían sido parte del operativo y firmaron el acta de procedimiento que se selló a las apuradas la tarde del 23 de junio en la Jefatura de Policía. Sin embargo, les fue difícil callar la desmesura de lo que habían visto.

“Los mataron a sangre fría, porque los que estaban en el auto no tiraron”. El testimonio de Ramírez se escuchó por primera vez a cuatro meses del hecho y volvió a oírse en 2020 durante la tercera jornada de audiencias del juicio.

De ser parte de un pacto de silencio del que nadie podía sacar los pies del plato y contar con la misma defensa que sus pares, las agentes pasaron a ser víctimas de violencia y amenazas, ellas y sus hijos. Una vez roto el hermetismo y cuando el relato del encubrimiento salió a la luz, ambas ingresaron al Programa de Protección de Testigos y Querellantes, del que todavía hoy –terminado el juicio y con ambas absueltas en segunda instancia– son parte. Esa medida no solo significa la custodia permanente de fuerzas federales, sino además la prohibición de acercamiento por parte de los condenados en la causa y el cambio de destino laboral.

“Los *mataron*
a sangre fría,
porque los
que estaban
en el auto no
tiraron”

Qué las llevó en 2017 a dar cuenta de la desmesura del accionar de sus compañeros es una de las preguntas sobre las que no hay una única respuesta. A su abogada, Sara Fátima Marcos, le aseguraron conmovionadas que no querían “cargar en su conciencia el peso de haber visto ejecutar a dos personas”.

Lo crucial de los testimonios es que permitieron establecer el modo en que Mendoza, al mando del vehículo en el que también viajaban ellas, se sumó a la persecución de David y Emanuel, y dieron cuenta con detalle del protagonismo de su compañero en la escena. Lescano relató que, aún en camino hacia la zona sur, Mendoza había advertido que debían disparar a las ruedas del auto porque “pueden tener armas”, y dejó en claro que cuando llegaron el Volkswagen ya había impactado contra el árbol.

“Bustos estaba tirando al auto del lado del chofer. Delante estaba Escalante, que también tiraba”, contó Ramírez, y agregó: “Me quedé shockeada porque no podía creer lo que hacían. Cuando termina de disparar, Bustos dice ‘ya está, ya está, consíganme dos’. Yo me di cuenta de que lo que pedía eran armas”.

Lescano tenía los ojos puestos en Mendoza. Primero relató cómo el efectivo se bajó de la camioneta con el arma y fue del lado del auto que daba al paredón, donde estaba David, del lado del acompañante. “Veo cuando le dispara. Cuando viene hacia mí agarra la vaina y se la mete en el bolsillo”, contó en su declaración para dar cuenta del modo en que Mendoza remató de un tiro a David. En ese instante Lescano recordó haberle preguntado a su compañero si había disparado. “Le pegué en la cara”, fue la respuesta que obtuvo. Ese tiro le fracturó la médula al joven.

Santiago Bereciartúa, integrante de la Multisectorial contra la Violencia Institucional y también parte del equipo de abogados que llevó adelante la querrela de las familias Campos y Medina, dice no tener registro de “otros casos donde el pacto de silencio se rompa de este modo, dando además detalles que fueron de mucha utilidad para la querrela y que pusieron a las mismas oficiales como blanco de amenazas concretas, convirtiéndose en el enemigo de sus compañeros”.

Para el abogado, el relato fue clave sobre todo para ubicar a Mendoza en la escena de los homicidios. Su colega López señala que ese testimonio “fue fundamental para que el fiscal receptara definitivamente y completamente la versión de los hechos sostenida por la familia y por la querrela, porque el relato era coincidente y sin contradicciones”. Y destaca en ellas algo más, arrepentimiento.

“Hay algo que las distingue de los demás, más allá de que en algún momento pueda haberse dado una especulación procesal de su parte, que es una posición de arrepentimiento que no aparece en el resto de las personas que formaron parte del hecho, ellas tienen una dimensión del daño hecho que en los demás no aparece”, recalca.

Fracasado el intento de ser declarado inimputable y ya condenado a prisión perpetua en primera instancia, Bustos se paró delante de un tribunal que ratificó su condena y volvió a afirmar frente a magistrados y familiares que había cumplido con “un deber” y que había “abatido a dos delincuentes”.

De eso habla López. “Nunca empatizaron con el dolor y el sufrimiento que habían provocado, hubo un marcado desprecio por el valor de la vida que los diferencia de Ramírez y Lescano”, señala.

Esa actitud, una ratificación incólume de lo hecho, fue la que entre agosto y noviembre de 2020, durante los cuatro meses de juicio en plena pandemia de Covid-19, enfrentaron madres, padres, hermanos, hermanas, sobrinos y amigos de David y Emanuel. “Había que ir ahí y verlos todavía burlarse”, dice Juana sobre las horas que pasó a pocos metros de quienes habían gatillado sobre su hijo y el amigo.

La sentencia llegó el 21 de noviembre de 2020. “Un fallo histórico”, se dijo una y otra vez. La fiscalía, las familias y las organizaciones integrantes de la Multisectorial contra la Violencia Institucional lograron que el tribunal integrado por los jueces Hebe Marcogliese, Alejandro Negroni y Román Lanzón condenara a los agentes Bustos y Mendoza a prisión perpetua por ser los autores del homicidio agravado por el abuso de su función como integrantes de las fuerzas públicas. Marcelo Escalante, aunque no efectuó ninguno de los disparos mortales –los impactos dieron en la parte baja del vehículo–, fue condenado a siete años de prisión efectiva por abuso de armas agravado por su carácter de funcionario y por encubrimiento agravado; y Hugo Baroni, jefe del Comando Radioeléctrico, a cinco años por encubrimiento doblemente agravado.

Había que ir
ahí y verlos
todavía *burlarse*

Morimos el día que hacemos silencio ante tanta injusticia

A esas tres condenas se sumaron otras de tres años de prisión de ejecución condicional por encubrimiento agravado sobre los policías Fernando Hernán Varela, Paola Cano, Leandro Cardozo, Claudio Canclini, Aldo Benítez, Walter Ocampo, Alexis Tanneur, Alejandro Bolanio, María de los Angeles Ramírez, Daniela Abraham, Germán Mareco, Pablo García y Rosa D'Angelo. Ramírez y Lescano recibieron un año de prisión condicional y terminaron siendo abeltas en segunda instancia.

...

“Morimos el día que hacemos silencio ante tanta injusticia” fue la primera leyenda que familiares y amigos estamparon sobre una pared a metros del lugar donde murieron David y Emanuel. Un mural para no callar.

Después vino la consigna que se hizo grito en los días de batalla. “No fue un enfrentamiento, fue un fusilamiento”. La frase se convirtió en campaña masiva a través de la multisectorial, en declaraciones a la prensa, en cadenas de correos y redes sociales para hacer el eco suficiente, evitar que la Policía instale su versión de los hechos y masificar el mensaje: a David y a Emanuel los habían ejecutado.

Desde entonces la afirmación está grabada en la pared de la plaza César Tabares, en ese mural que fue mutando en el proceso, además de ser pintado y restaurado tantas veces como fue necesario ante cada agresión y vandalización. Conseguidas las condenas en Tribunales, la pared se volvió a transformar para ser homenaje.

“No es fácil aceptar sus ausencias, pero sus recuerdos son gratos para nuestras memorias”, se lee hoy en las paredes.

Estar a solo cuarenta metros de donde David y Emanuel fueron asesinados parece no ser la única razón que hace que sus rostros estén ahí dando testimonio. En el paredón del sitio exacto donde el auto se incrustó contra el árbol, los dueños no permitieron ningún registro de lo ocurrido e incluso las estrellas que las familias pintaron en el asfalto fueron borradas en los primeros meses, pero además esa plaza es un espacio nacido justamente a la memoria. A la de César Tabares, abogado laboralista y militante político desaparecido por la última dictadura cívico militar en enero de 1977. La memoria de entonces y la de hoy.

El grito de los Campos y los Medina durante más de mil doscientos días fue un grito comunitario. “La Multisectorial fue la caja de resonancia inmediata para que el reclamo de las familias no se quede en algo solitario, fue el lugar donde su verdad fue receptionada”, afirma Bereciartúa sobre el acompañamiento de “la Multi”, como popularmente se la llama.

Erica, prima de Germán y militante peronista, fue quien acercó a la familia al espacio ya en las primeras horas. Durante el velorio de David, Erica y Germán hablaron de buscar apoyo por fuera de la familia, salir a hablar y a decir. Germán había tenido un breve recorrido militante durante su adolescencia en Barrios de Pie, sabía de qué se trataba, y midiendo fuerzas con quienes tenía enfrente dijo que sí.

Somos muchas con las mismas historias

y el mismo


dolor

Las organizaciones de la Multisectorial llevaban años trabajando en casos de violencia que habían puesto en la mira el accionar policial: Franco Casco, Jonatan Herrera, Maximiliano Zamudio y muchos otros, aunque recién en 2017 se habían unificado formalmente para trabajar en visibilizar y denunciar los hechos negados por el Estado. Por esa misma razón, los propios abogados del espacio reconocen que los crímenes de David y Emanuel se produjeron quizá en el momento de mayor fortaleza del espacio.

“La pata jurídica estaba aceitada y en un pie activo, ante cualquier cosa que pasara sabíamos cómo debíamos movernos”, afirma Bereciartúa. Para ese momento, el abogado reconoce la experiencia ganada justamente en casos que, incluso habiéndose producido con anterioridad, aún hoy siguen siendo batallados en la Justicia, como el de Casco, que a ocho años de su desaparición y muerte recién ahora, en 2022, llega a juicio. O el de Jonatan Herrera, el joven de veintitrés años asesinado en 2015 por disparos de la Policía de Acción Táctica.

“Cuando pasó lo de David y Emanuel ya había pasado lo de Casco, lo de (Gerardo) Pichón Escobar, lo de Carlos Godoy (asesinado por la Policía en 2015 en Empalme Graneros) y lo de Herrera. Ya teníamos una experiencia ganada –continúa Bereciartúa–. Sabíamos qué había que hacer, con quién hablar, teníamos respuestas más rápidas y efectivas porque las fiscalías te ven diferente, ven una querrela activa y hay también otra actitud y otro cuidado de su parte, se saben bajo otro tipo de control y de presión”.

Germán está convencido de que el juicio y las condenas a los policías santafesinos abrieron puertas. Y lo dice porque durante mucho tiempo el espacio de la Multi no solo lo habitó para pedir justicia por su hermano y por Emanuel, sino también para acompañar a otros hermanos, padres, madres, tíos y amigos de quienes habían sufrido la misma violencia.

“Después de nuestra sentencia empezaron a salir otras condenas y empezaron a discutirse causas que parecía que nunca llegaban, como la de Michel Campero (asesinado por la Policía en enero de 2014 en Granadero Baigorria tras el robo de una motocicleta) o la de Maximiliano Zamudio, que llegó a juicio también en 2020 luego de haber sido archivada, aunque luego la sentencia fue bochornosa”, dijo sobre la absolución resuelta por la Justicia sobre el prefecto Ariel Condorí Apaza, que le disparó dos veces con su arma calibre 40.

Para Germán, “algo se movió desde entonces” y no deja de repetir su disposición a “acompañar como a mí me acompañaron”.

Juana enumera nombres de otras mujeres. Alejandra, la mamá de Emanuel; Marisabel, la mamá de Michel; Elsa Godoy, que falleció antes de que el asesinato de su hijo Franco llegara a juicio, y también habla de Ramón Casco, el papá de Franco, que aún sigue batallando. La nombra a María, la mamá de Maxi, y a las hermanas: Julieta, la de Jonatan, y Luciana, la de Pichón. “Somos muchas con las mismas historias y el mismo dolor –dice–. Alivia hablar con otras, encontrarse, que escuchen tu historia, sentís que te abrazan y te consuelan y uno intenta lo mismo. Eso es importante”.

Quizá porque también en eso que se olvida reside el ejercicio de la **memoria** de quienes **sobreviven.**

Los Campos reconocen el repliegue que necesitaron después de la batalla por las condenas. “No vamos a dejar de acompañar a nadie de la misma manera que nos acompañaron a nosotros”, insiste Germán, pero sabe que el cuerpo y la mente le piden un tiempo de serenidad, de encontrar palabras que ya no son las que necesitó para llevar a juicio a los policías, sino las que busca todos los días para acercar la imagen de su hermano a su hijo Tiziano.

Eduardo siempre fue de pocas palabras. Volvió al camión y a los viajes. No deja de pensar en jubilarse dentro de poco y mira con recelo algunas de esas máquinas que habían comprado con David para el viejo proyecto de trabajar juntos una vez que abandonara las rutas. Lo piensa, pero los fierros significan poco y nada sin esa presencia.

“Nos cambió para siempre”, lo sintetiza. “No volvé a ser la misma nunca”, ratifica Juana y enumera los lugares de la mesa de su casa para decir que la herida no cierra ni cerrará porque “ellos están presos, pero están vivos cuando David está muerto”.

A Germán le quedan algunas preguntas y otras tantas certezas. Que nunca llegará a saber “qué fue lo que pensaron ese día David y Emanuel” mientras escapaban o cuánto miedo llegaron a tener. La certeza de que ahora está para recordarlo y para poner sobre su hermano muerto las palabras que lo hacen presente, pero también la dolorosa admisión de que olvidará algunas otras cosas: la última vez que hablaron o la cadencia de su voz. Quizá porque también en eso que se olvida reside el ejercicio de la memoria de quienes sobreviven.





Municipalidad
de Rosario



**Municipalidad
de Rosario**